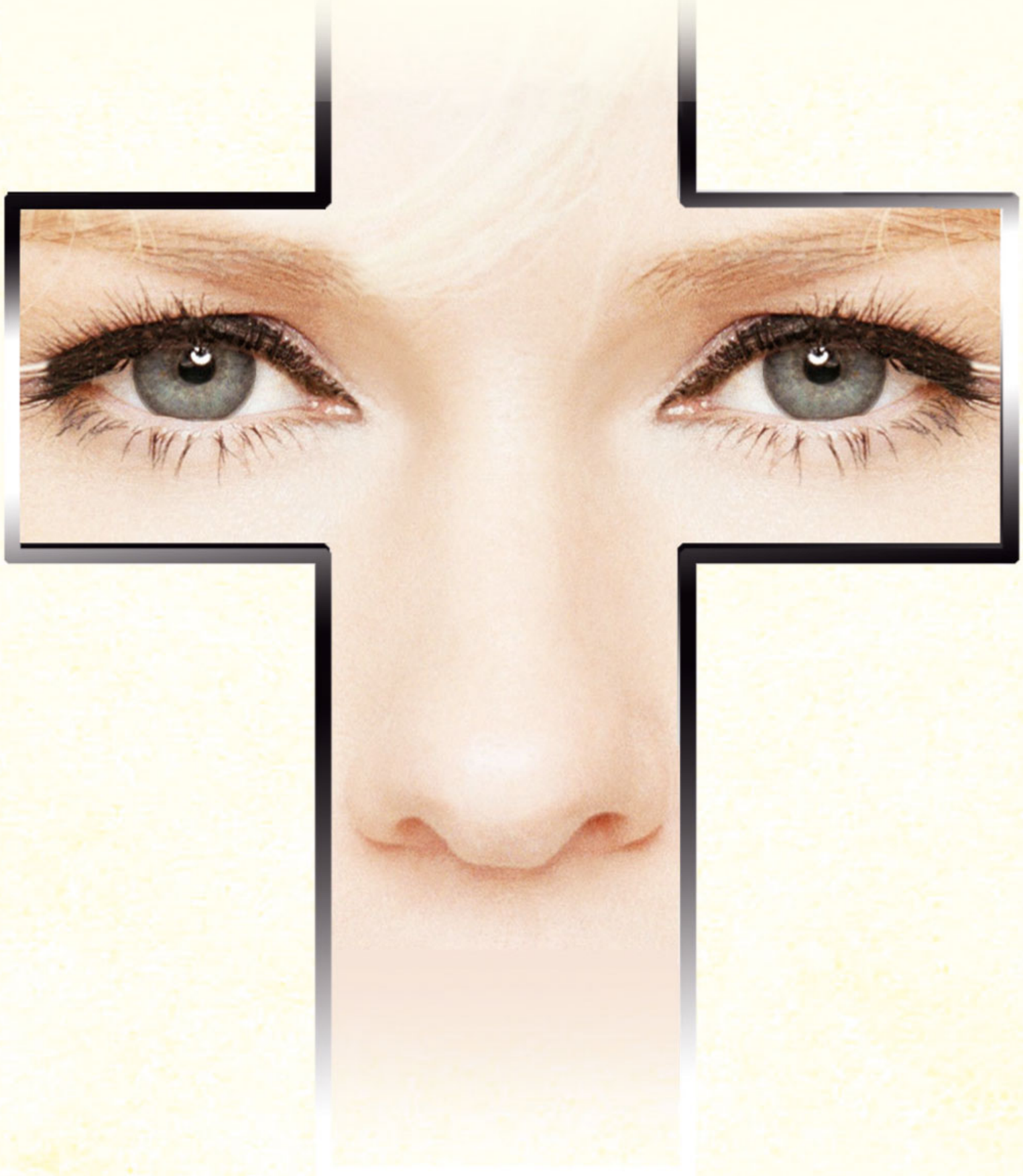
LA MUJER EN LA IGLESIA

LA REBELIÓN PENDIENTE



ANTONIO ARADILLAS

Vision Libros

ANTONIO ARADILLAS

LA MUJER EN LA IGLESIA
La Rebelión Pendiente

Prólogo de
José Manuel Vidal,
Director de Religión digital

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

2012 ANTONIO ARADILLAS
LA MUJER EN LA IGLESIA. La Rebelión Pendiente
2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-233-5
Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

Para Chelo Pérez de Acevedo

ÍNDICE

-Atrio- La "manzana" y la Iglesia Católica 9
Presentación 13
1. Sí a la mujer sacerdote 19
2. La iglesia es mujer 22
3. Falta otra mujer 26
4. "Sexualerías" 29
5. La princesa de la mano vacía 33
6. "Obispa" no está en el diccionario 36
7. Peritos en sexualidad 39
8. No valen los anatemas 42
9. La mujer y sus tres "C" 45
10. Dios es "Madre" 48
11. Todas las mujeres son santas 51
12. La mujer: ¿noticia eclesiástica? 54
13. Mujeres en el cónclave 58
14. ¿Santo machismo? 61
15. ¡Prohibido casarse! 64
16. Violaciones institucionalizadas 67
17. Sí, mujer 70
18. Bodas-negocio 73
19. La sexualidad y "nosotros" 77
20. ¿Celibato sí o no? 81
21. Celibato opcional 85
22. Célibe o soltero 89
23. Falsos estereotipos 92
24. Célibe por votación 95
25. Hijos ¿cuantos? 98
26. Santo placer santo 101
27. Iglesia ¿mujer? 104
28. No a la mujer 107
29. ¿Bodas por la Iglesia? 110
30. Moisés está viejo 114
31. Obispos frívolos 117

32. Mujeres: “de segunda clase” 121
33. “Lo que Dios ha unido...” 124
34. ¿Pecados de sexualidad? 127
35. Matrimonio civil 130
36. Matrimonio: pecado mortal 133
37. ¡Maltratadas! 136
38. Se casó la duquesa 139
39. Iglesia machista 142
40. Baremo masculino 145
41. Concilio para mujeres 148
42. El “débito” matrimonial 152
43. Más duquesa 155
44. Asonada femenina 158
45. San Pablo ¿misógino? 162
46. “La Misa de las monjas” 165
47. Me casé con “Dios” 168
48. Mujer-Iglesia 171
49. El cura sordo y doña Pepita 175
50. ¿Matrimonio? 178
51. El Cardenal se equivoca 182
52. Suspenso en feminismo 185
53. Otra de mujeres 188
54. “Ideas madre” 191
55. La Iglesia, “cosa de hombres” 194
56. Mujer “Opus” 197
57. Otra de talibanes 201
58. Reverentes irreverencias 204
59. ¿Tribunales eclesiásticos? 207
60. Más sobre el fornicio 210
61. La iglesia de los clérigos 213
62. Pregonero/a de la semana santa 216
63. “Evangelierías” femeninas 219
64. Cavilaciones sexuales 222
65. Santa sexualidad 226
66. Iglesia: noticias pendientes 230



-ATRIO-

La "manzana" y la Iglesia católica

La jerarquía de la Iglesia católica lo ha tenido siempre claro: Dios es un señor. Y si es posible, con bigote y luenga barba blanca, para dejar bien clara su omnipotente virilidad. Y eso que si las mujeres desapareciesen de las iglesias, el catolicismo perdería a las tres cuartas partes de sus fieles. Pero la mujer sigue sin poder subir al altar si no es para fregar el suelo, arreglar las flores o lavar los manteles sagrados. Y, como mucho, leer una lectura en isa. Dicen que Juan Pablo II les ha negado "definitivamente" el acceso al sacerdocio, lo que equivale a cerrarles las posibilidades de liderazgo eclesial. Ya decía Karl Rhaner, el teólogo católico más importante de los últimos tiempos, que la ordenación de la mujer era "cuestión de dos o tres siglos".

Antonio Aradillas es un cura siempre apasionado por Cristo, un periodista que lleva años luchando por la verdad y un escritor prolífico y siempre atento a los signos de los tiempos. Un cura-periodista de los de la vieja escuela. De los que se codearon con Martín Descalzo, José María Javierre o Juan Arias. Y sigue en la

brecha. Sin abdicar de sus principios. Como los sabios profetas del Antonio Testamento, Aradillas utiliza, en sus escritos, una justa dosis de anuncio y de denuncia.

Y con su particular estilo periodístico (claro, sencillo, ameno, didáctico y directo) apunta a lo esencial. Sin irse por la ramas. Hace años que una de sus máximas preocupaciones es la situación de la mujer. Tanto en la Iglesia como en la sociedad. A esa temática dedicó muchos artículos y varias obras. Ésta es otra más. Pero, al mismo tiempo, diferente. Un libro escrito desde la indignación. Un libro para decir basta ya. Un libro para gritarle a la jerarquía de su amada Iglesia (semper reformanda) que ya va siendo hora de dejar de discriminar a la mujer. Porque una institución de hermanos, que se dice seguidora del Nazareno, no puede seguir marginando a la mujer. Algo que clama al cielo.

Y es que hay doctrinas en la Iglesia católica más inmutables que los propios dogmas, miedos casi innatos con los que creció a partir de San Pablo. Una de ellas es la misoginia. A la Iglesia se le atragantó la «manzana» y aún no la ha digerido. Por miedo a la mujer o, lo que es lo mismo, al cuerpo y al sexo.

El catolicismo ha perfeccionado su doctrina a lo largo de los siglos, para que cada cosa esté en su sitio exacto. Salvo la mujer, sin sitio en una Iglesia que no sabe qué hacer con ella. Desde Efeso a Nicea, desde Calcedonia a Trento y desde el Vaticano I al Vaticano II, el Papa Ratzinger y sus predecesores han mitificado a María, Virgen, Inmaculada y Madre, mientras ocultaban su esencia de mujer capaz de entonar el Magnificat, el primer canto a la liberación.

Ante el despertar del feminismo y sus reivindicaciones, el Papa-teólogo repite estas lecciones, con claves teológicas y, sobre todo, antropológicas. Porque aquí radica una de las novedades doctrinales, que ha hecho fortuna en la Iglesia.

Hasta ahora la Iglesia proclamaba su doctrina (e intentaba imponerla) como una verdad teológica, recibida en germen de Cristo, desarrollada a lo largo de los siglos y cristalizada en el Credo. Desde hace unos años, proclama su doctrina como una verdad antropológica, inscrita en la propia naturaleza humana.

En esta clave se mueve, entre otras, la doctrina moral de la Iglesia sobre la mujer. Una doctrina contestada por teólogos tan preclaros como Bernanrd Haëring o Marciano Vidal. Ambos, condenados, por supuesto.

La clave de la ley natural (lógicamente interpretada por la Iglesia y exclusivamente por ella) se ha convertido en la raíz más profunda y en la causa fundante de la marginación de la mujer en la Iglesia. Es decir, la condena del feminismo no es sólo verdad porque lo diga la fe, sino también porque lo dice la ley natural.

Desde ahí se lanzan y sostienen todas las cruzadas, para salvar la familia tradicional y ensalzar el feminismo "natural" con dos elementos claves: la maternidad y la virginidad. Madre y virgen pero inferior (dicho más suave, "distinta") al hombre. Indigna, por ejemplo, de subirse al altar.

El libro de Aradillas ofrece claves, causas y consecuencias de este "pecado" eclesial. Uno de los mayores pecados cometidos por la institución y del que, seguramente, se le pedirá cuentas sin tardar. La sociedad en general (y la mujer en particular) no perdonarán fácilmente a la Iglesia, que se dice experta en humanidad, el que sea de las pocas instituciones sociales que siguen negando el pan y la sal a la mujer. Y la institución tendrá que reconocer que ha pecado. Como siempre, con siglos de retraso.

La mujer en la Iglesia ya no lleva burka. Hasta hace poco sólo podía comulgar con velo. Es el pecado de Eva y la manzana.

Un día, no muy lejano, las mujeres (tres cuartas partes de los fieles católicos) exigirán sus derechos. O simplemente, se irán de la Iglesia sin cerrar la puerta y sin mirar hacia atrás.

José Manuel Vidal
Director de Religión Digital



PRESENTACIÓN

Al menos en la intención, y como sugerencia, llama la atención que el verbo reflexivo "rebelarse" sea de los más conjugados en el mundo de las relaciones cívicas, políticas y, en general, convivenciales, en las que se enmarcan y definen la vida en su pluralidad de situaciones y sectores. Es posible que los jóvenes acaparen parte importante de su conjugación y la de sus respectivos sinónimos como " sublevarse", "levantarse" o "poner resistencia", "pronunciarse", "insubordinarse", "echarse a la calle" y otros. Los medios de comunicación se entintan con frecuencia de noticias dictadas al imperativo de cualquiera de las acepciones de los verbos citados.

Pero acontece, y así se destaca como dato digno de consideración y sorpresa, que precisamente en las esferas de lo religioso, y más de lo eclesiástico, al menos en España, rebelarse —lo que se dice rebelarse— es verbo que carece de tiempos de presente, y se presupone que también de futuro, conservando tan solo algún que otro recuerdo del pasado, por imperativo de las referencias históricas. Religiosidad y rebelión se nos presentan siempre como palabras y actividades incompatibles de por sí, incapacitadas para su uso y aplicación, con olvido lamentable

e injusto de que en la predicación y evangelización, al menos inicial, de todo movimiento religioso, y más si este es cristiano, en la "rebelión" se halla parte importante de la esencia y de la autenticidad del compromiso de la unión con Dios y con la humanidad.

Y acontece que tal panorama de condescendencia, conformismo y maridaje "oficial" en el sector poblacional en el que religiosamente alcanza sus máximas cotas, es en el se relaciona en mayor proporción con el ámbito de la mujer. Mujer e Iglesia establecieron de siempre un matrimonio de obediencia y de "Amén", que sobrepasa con creces cualquier comparación con indisolubilidades al uso, en conformidad con la ley de Dios y con la de sus promulgadores de cánones. Es impensable, además de irreligioso y blasfemo, que a algunos se les ocurra siquiera insinuar que "rebelarse" no tiene sexo, y aún más, que si lo tuviera, con énfasis superlativo, este habría de ser femenino.

El punto de partida de mi reflexión, y justificación de las páginas siguientes, es precisamente este: la mujer en la Iglesia —ideas, instituciones, responsabilidades, ministerios, actividades…— sigue pendiente de adoptar actitudes y comportamientos coincidentes con todas y cada una de las exigencias que presupone y demanda el verbo "sublevarse". Doy por supuesto que esta afirmación es ciertamente grave, aunque estoy convencido de que son ya muchos y muchas igualmente convencidas de que su gravedad mayor no está en la formulación y diagnóstico, sino en la realidad a la que responde con veracidad y franqueza.

La mujer está —sigue estando— discriminada en la Iglesia, y con posibilidades muy cortas de que en un futuro próximo puedan corregirse tales comportamientos "religiosos", que ofenden su propia dignidad de persona y de hija de Dios. Toda situación para cuyo mantenimiento se invoquen argumentos que se dicen "revelados por Dios" tienen asegurado un futuro, que si no es

eterno, al menos dificultan en grado eminente su subrogación y reemplazamiento. Los argumentos divinales son los primeros que siempre habrían de emplearse con sumo respeto desde perspectivas de santidad y justicia y al servicio e la comunidad, cuya salvación de todos y cada uno de sus miembros es —debe ser— sacrosanta tarea, por encima de interpretaciones discutibles y, la mayoría de ellas, rutinarias.

Mi libro apuesta nuevamente por la revisión urgente y profunda de la situación de la mujer en la Iglesia, desde el inicial convencimiento, demostrable con multitud de razones y aportación de casos, de que así no lo quiso Dios y que no se correlaciona con el comportamiento y doctrina de Cristo Jesús que nos es trasmitida, y permanece viva en los evangelios. El hecho mismo de la inconformidad de la mujer con su situación actual, aunque no expresada todavía con mayor valerosidad y coraje, requiere respuestas y cambios de actitudes, que a ella, por mujer, contribuyan a igualar con el hombre, por hombre. Es difícil —imposible— encontrar en la sociedad actual otro colectivo diferente del femenino, en el que, por el sacrosanto hecho de ser y tener que pertenecer por naturaleza al mismo, se registren y justifiquen tan ofensivas y absurdas discriminaciones.

La tarea que afronto con la presentación de este nuevo libro dedicado a tema de tanta trascendencia para la vida religiosa y cívica de las mujeres, y de los hombres,—por igual, y en definitiva—, es tal vez arriesgada, aunque convencido de que afrontar contingencias en este deber como cristiano y como persona, es ministerio ineludible. Es mucho,— aunque menos "todopoderoso" al menos socialmente—, el peso de la jerarquía, y muchas, y cada vez más interesadas, las influencias masculinas como tales, y no dejan de ser y estar operativas las reacciones, hasta de algunas mujeres, que inverosímilmente se sienten "cómodas" con su situación actual de pasividad en la Iglesia, que no quieren "líos" y menos exponerse a condenas y descalificacio-

nes por parte de sacerdotes y obispos… Nadie, por tanto, habrá de sentirse ni sorprendido ni ajeno al hecho de descubrir que las primeras personas —cristianos por más señas— que están de acuerdo con la doctrina oficial antifeminista vigente sigan siendo todavía también las propias mujeres.

Otros libros míos, con idéntica o similar temática femenina, tuvieron tratamientos distintos. El presente es elocuentemente sencillo. Soy el responsable de una sección titulada "In Itínere", que publica "Religión Digital", y en ella presento y desgloso temas de Iglesia, al filo de su actualidad e importancia. Aquellos cuyos protagonistas son las mujeres suelen merecer atención muy particular por mi parte, advirtiendo que alrededor de los mismos se dan cita no pocos lectores y lectoras, que manifiestan su acuerdo o su desacuerdo con lo expuesto por mí, con plena libertad y mayoritariamente con efervescencia y acaloramiento propios de su estilo y del de la publicación que los cobija.

La exposición aportada acerca del planteamiento y tratamiento de los temas desde perspectivas diversas, aunque todas ellas complementarias, es indispensable para su lectura, con el añadido de que no todos los capítulos fueron ya publicados y su inserción responde solo al lógico propósito de aclarar aún más las ideas, con rechazo para interpretaciones facilonas de otro signo.

Con la confianza de que al menos algunos aceptarán el consejo, sugiero que este libro se lea "a salto de mata". Casi como fue escrito. A tono y al paso de acontecimientos de cada día, que en realidad fueron los que lo provocaron y justificaron, y en frecuente —casi habitual— consonancia con el modo y hábito de leer este tipo de libros en el "metro", en el tren y otros medios de transporte o en las salas de espera… El éxito en el número y calidad de lectores, que hoy se percibe, se pondera y enaltece, responde en gran proporción a la necesidad de aprovechar tan-

tos tiempos "extra" como los que nos facilita el planteamiento de la vida y del trabajo.

La rebelión de la mujer en la Iglesia llama ya, felizmente y con persistencia evangélica y humanística, a sus puertas, y de vez en vez, dentro y fuera también, hasta se oyen lamentos por haber tenido que aguantar tantas y tan graves desazones y congojas, de modo especial al poder comprobar con facilidad que es de los pocos —y últimos— reductos en los que el machismo, y nada menos que "en el nombre de Dios", impone sus intereses y rutinas desde la alcazaba —acrópolis— de su arcaica posición de privilegios.



SÍ A LA MUJER SACERDOTE

Las razones por las que nos parece de urgente y ejemplar necesidad el planteamiento del tema de la mujer sacerdote son muchas y de variados colores y aspectos, antes y después de dejar bien sentado que en ello no se compromete ningún dogma de la Iglesia y cuya disciplina canónica, por definición, ha de acomodarse al servicio del Pueblo de Dios. Adelantarse a los acontecimientos es precisamente misión de la Iglesia y de los eclesiásticos. Tiene sus riesgos, si bien todos ellos gloriosos, cuando son alentados por la fe y la esperanza.

A quienes —católico/cas— estén sensibilizados con el tema de la situación canónica de la mujer mantenida hoy por la Iglesia, negándole la posibilidad de ser y ejercer de sacerdotes, les ofrecemos la santa ocasión de expresar su criterio en esta sección. Nuestras razones a favor de la mujer sacerdote, ya y cuanto antes, son, entre otras, las siguientes:

- Para muchos, católicos o no, la negativa al sacerdocio femenino constituye una discriminación de la mujer, hoy proscrita en todos los códigos civilizados, restos ancestrales de teologías caducas y de interpretaciones bíblicas

inconsistentes, a la sombra de reglas pseudo— religiosas, en las que la mujer, por mujer, no pasaba de ser sierva— esclava del hombre, "pecado" y objeto de pecado, e impura por su propia condición y naturaleza.

- Resulta impensable, y además ofensivo para el colectivo femenino, que a estas alturas de la civilización, de la cultura y del culto, la mujer siga estando desterrada de toda responsabilidad individual en la institución eclesiástica, y más en su organigrama directivo. Será — y es— el hombre —"vir"— y además "jerárquico", quien dicte y exija el cumplimiento de normas ético-morales, desde la infinita y sacrosanta intimidad matrimonial, a los actos litúrgicos. La participación de la mujer en todas estas esferas es nula o apócrifa, limitándose a pronunciar su "Amén", aunque chirríen los goznes de su psicología, sobre la que siempre habrán de prevalecer los criterios machistas, por muy canónicos que sean.

- En tiempos tan infelices como los actuales, en los que la carencia de vocaciones sacerdotales —de varones— es tan acusada, el sacerdocio femenino podría contribuir a paliar el problema. Quede, no obstante, explícita constancia de que, por encima de esta situación contingente, habrá de prevalecer la idea de que a la mujer, por mujer, que se sienta vocacionada para el ejercicio ministerial, jamás les debieran cerrar las puertas para conseguirlo. El acceso a estudios teológicos, con toda su meritoria graduación universitaria por parte de la mujer, prepara ya el camino con toda justicia, sensatez y evangelio a los tiempos futuros, que debieron ser ya presentes, y hasta con anuencias y bendiciones apostólicas.

- Extraña y escandaliza a propios y a extraños que la mujer haya irrumpido ya en actividades, cargos, responsabili-

dades, funciones, empleos y oficios, con inclusión de los más altos niveles, y que en relación con la Iglesia permanezca servilmente impertérrita, ejerciendo tradicionales tareas "femeninas" de limpiadora doméstica al servicio del clero. De tal condición no quedan exentas las monjas, aunque la formación teológica de algunas rebase con creces la de no pocos clérigos.

- Es hora ya de que la reconocida fama de "machista" que sociológicamente se le asigna a la Iglesia también en ambientes a-religiosos, "pase a mejor vida", recayendo sobre ella los definitivos "requiescant in pace" de quienes, pese a todo, la veneran y aprecian. La condición de "nuestra", de "santa" y de "madre" aplicada a la Iglesia sería más reluciente si las mujeres fueran ya sacerdotes.

- Tal y como están hoy los tiempos —también los eclesiales—, es hasta fácil predecir que las mujeres sacerdotes serán pronto posibles en la Iglesia, limitándose nuestro esfuerzo a contribuir a que se acrecienten los ritmos, con el fin de ganar credibilidad y subsanar cuanto antes errores y comportamientos impropios hoy del Pueblo de Dios y que a muchos/as les hacen perder la fe. Es significativa y generosa la respuesta que en la Iglesia anglicana se le prestó ya a la mujer sacerdote.



LA IGLESIA ES MUJER

Exactamente al igual que "hombre", la Iglesia es también "mujer". Dentro del respeto integral e integrador a la diferenciación natural de los sexos, y con carácter institucional, hombre y mujer —mujer y hombre— configuran la Iglesia sin limitación alguna y en coincidencia sacrosanta con la voluntad del Señor. Este, al fundarla, no limitó las posibilidades de unos y otras, aun teniendo en cuenta las contingencias culturales y sociales de lugar y de tiempo en las que se constituyó, y en las que en cualquier parte del mundo habría de vivir y desarrollarse hasta hoy. Vaya por delante que los tiempos han cambiado, y cambiarán mucho más y con mayor rapidez, por lo que las siguientes consideraciones resultarán provechosas:

- Con las pautas de comportamiento hoy vigentes en la Iglesia en relación con la mujer, esta se encuentra y se siente en gran parte excluida de tan sagrada institución. Por citar situaciones y ejemplos, en la liturgia no tiene otro lugar que no sea el de "sus labores" tradicionalmente domésticas y serviles, como son las relacionadas con la limpieza material del templo, de los ornamentos sagrados

y de una cierta, lejana y reverencial atención a los "ministros sagrados".

- En la organización interna de la Iglesia carece de toda calificación ministerial, hasta constituir uno de los triunfos "conciliares" soberanos, e impensables hasta tiempos recientes, la posibilidad de impartir la sagrada comunión, de no haber hombres — varones que lo hicieran. Desde tiempos pretéritos las mujeres se dedicaron a la labor de la catequesis que, por ausencia de los hombres, lo hicieron al dictado de lo que mandaron los párrocos, impelidas también por la innata capacidad de ser y ejercer, por mujeres, como educadoras domésticas y, consecuentemente, de la fe. Tal circunstancia suscita en cualquiera la contradicción que supone el reconocimiento de su incapacidad para cualquier ejercicio ministerial y no para la educación de la fe, que en definitiva es lo verdaderamente importante para cualquier religión.

- El dogma y la moral oficiales católicas se dan la mano sempiternamente para discriminar a la mujer de manera poco menos que escandalizadora. Mujer-pecado establecen una correlación tan sustantiva en la moral católica, que el mismo hombre ha de sentirse como instrumentalizado con ello, mermada su capacidad de responsabilidad personal, con grave detrimento para su condición de cristiano consciente y adulto.

- El tratamiento que "en el nombre de Dios", y con amplia retahíla de citas escriturísticas —"palabra de Dios" — más o menos virilmente forzadas, resulta tan extenso y copioso, que habría de ruborizar a los intérpretes oficiales de tan sacrosantos textos bíblicos, de los que las mismas autoridades eclesiásticas ya se tornan remisas en su aplicación.